

CAPITULO VII.

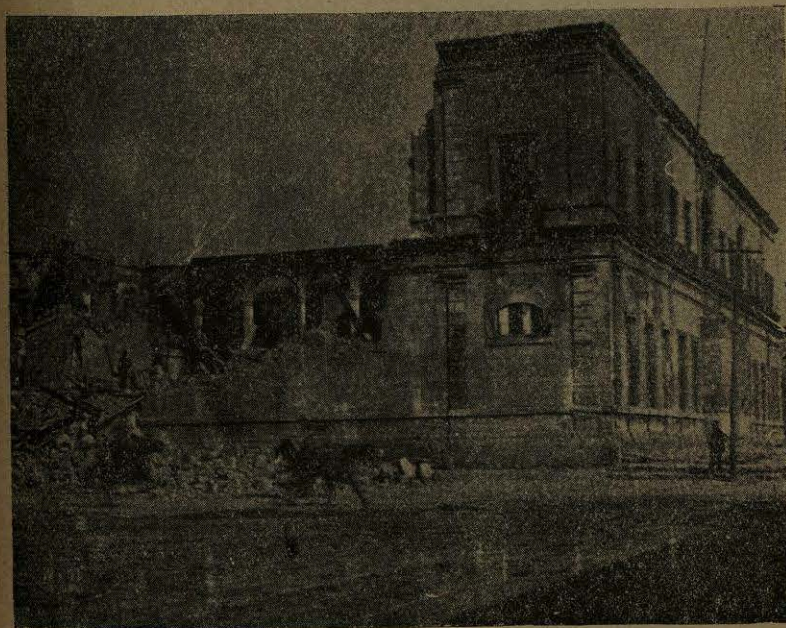
La Penitenciaría del Estado convertida en muralla inexpugnable.— Brillantes episodios de la defensa de la plaza.

Formada en lo general una idea exacta de como fué atacada y defendida la plaza de Monterrey durante los días 23 y 24 de Octubre del presente año, vamos a referirnos ahora aunque sea ligeramente, a muchos de los brillantes episodios que hubieron de registrarse comprobando una vez más el arrojo, la valentía y la heroicidad de los soldados federales.

Habrá sin duda alguna infinidad de detalles que se escapen a nuestra mente. Mucho lo lamentaremos, mas quede el consignarlos a otra pluma, la de los historiógrafos, ya que la misión nuestra, urgida por el oportunismo que demanda la folletinería, no alcanza a escudriñar tantos y tantos hechos que no por no guardarse en el molde de acero de los tipos, quedarán en olvido.

La Penitenciaría del Estado.—Dejamos dicho ya en otro capítulo, que el general en Jefe de las Armas, al señalar el radio de sus operaciones y puestos de defensa, dispuso que una escolta formada de unos cuantos individuos, reforzara la guardia de la Penitenciaría.

Entre gendarmes, federales y rurales del Estado, apenas si llegarían a sesenta los defensores de este presidio que hubo de convertirse en una fortaleza inexpugnable.



Sr. Dr. Gregorio D. Martínez, Alcalde 1o. de Monterrey.—Cadáver de un carrancista.
Cuartel del 1er. Regimiento de Infantería.

Como a las 9 de la mañana del trágico 23, primer día de combate, una columna compuesta de trescientos revolucionarios avanzaba rápidamente por la Calzada del Progreso decidida a tomar la Penitenciaría.

Una descarga cerrada de fusilería, hecha por los defensores al mando del Teniente José García González, inició una pelea sangrienta y desesperada que hubo de prolongarse hasta la una de la tarde.

Diezmados y maltrechos por el fuego nutrido de los federales, los rebeldes retrocedieron repetidas veces, siéndoles necesario, digámos mejor, forzoso, solicitar muchas veces el envío de refuerzos.

Parapetados y perfectamente protegidos como estaban los defensores del edificio, los daños que sufrieron se redujeron a un muerto y tres soldados heridos.

En cambio los asaltantes, cuyo blanco ofrecían abiertamente al fuego de su enemigo, tuvieron que lamentar el primer día de combate cerca de noventa muertos. A la 1 de la tarde, los defensores de la fortaleza recibieron un refuerzo de veintitrés soldados al mando del Capitán Ponce. Todo el resto del día, hasta las cinco de la mañana del siguiente o sea el 24, los defensores del presidio que daron completamente aislados de la base de operaciones establecida como sabemos ya, en el Palacio de Gobierno.

La noche del 23, cada vez más tenaces los revolucionarios, lanzaron nuevamente otra columna de ataque que llegó hasta los muros siendo al fin rechazada con innumerables pérdidas.

Una tercera tentativa efectuaron como a las 6 de la mañana del 24, arrojándose por los cuatro lados del edificio, columnas de doscientos hombres cada una.

Cuarenta y cinco minutos bastaron a los defensores para rechazar esta terrible embestida. Los carrancistas volvieron las espaldas, yendo a posesionarse algunos de ellos de la casa del ex-Administrador del Timbre Leandro Aguilar, situada en frente de la Penitenciaría, donde se supo más tarde que en su subterráneo había enormes cantidades de parque destinado a surtir a los rebeldes el día del ataque.

Como hubiera sospechas de la complicidad de Aguilar, días antes fué aprehendido y enviado a México lo mismo que su hijo Andrés, en compañía de los señores Lic. Antonio de la Paz Guerra Daniel y Evaristo Madero.

Ya antes habían corrido igual suerte otras varias personas, entre ellas el ingeniero Lorenzo Pazau y Tiburcio Guerra, hermano del licenciado Antonio de la Paz.

Pero no divaguemos. Veníamos refiriendo que algunos carrancistas lograron posesionarse de la magnífica residencia de la familia Aguilar Madero, y que desde ahí sostuvieron con los federales un fuego relativamente lento.

Como se supiera que en la dicha casa existían, según ya lo hemos dicho, grandes cantidades de parque, fué arrojada una bomba que al explotar produjo un formidable incendio. Una tronera es pantosa se dejó escuchar entonces: eran las cajas de parque que hacían explosión en medio del incendio y del derrumbé de techos y paredes.

Ramiro Lozano, sujeto que entre los rebeldes se hacía llamar teniente, fué hecho prisionero cuando el último ataque a la Penitenciaría, y fusilado en el acto después de habersele recogido una cartera, en donde se encontraron las siguientes anotaciones: "Mi cuenta \$1,215.95.—Mi haber... \$800.00 más veinticinco meses de trabajo hasta el

11 de Septiembre de 1913. —Ramiro Lozano."

Púdose con esto comprobar lo que muchos carrancistas prisioneros dijeron a los federales, es decir, que se les adeudaban algunos meses de sueldo, y que sus jefes les habían dicho que tomando Monterrey se les liquidarían hasta el último centavo. La toma de la plaza la consideraban como un hecho consumado, supuesto que los cabecillas habían hecho saber a sus inferiores, que Monterrey estaba defendido solo por los componentes de las músicas militares.

La defensa de la Penitenciaría fué pues, como se ve, un episodio tan brillante como saliente, máxime si tomamos en cuenta el gravísimo peligro que existía de que, aprovechando los momentos de confusión, los reclusos podrían amotinarse. Nada de esto pasó afortunadamente. Los presos se portaron con toda corrección, pues solo uno de ellos, Julio Conde, se atrevió a incitar a los demás, siendo fusilado en presencia de todos por el Capitán Ponce.

Los presos militares ofrecieron su ayuda, no habiéndose aceptado por la falta de armas y escases de cartuchos.

Otro punto inexpugnable defendido por dos hombres.—En una de las azoteas de las casas comprendidas en la manzana situada entre las calles de Zaragoza y Lerdo de Tejada y M. M. del Llano y Tapia, hubo dos individuos que no eran federales, ni irregulares siquiera como informaron los diarios en sus extensos relatos.

Ciudadanos amantes de la tranquilidad y el orden, se aprestaron a defender la plaza, habiendo solicitado del general en Jefe el que se les confiara una ametralladora.

Las filas de asaltantes que durante los días 23 y 24 estuvieron luchando por rebasar el punto que

defendían este par de héroes, eran casi barridas por el fuego de su máquina infernal, que jamás permitió que se acercaran.

La 7a. Avanzada.—Ocho soldados del 390. Batallón, al mando del Sargento 2o. Santiago García, formaron la avanzada que se situó en el cruce de las calles de M. M. del Llano y Dr. Coss.

Cuarenta y ocho horas completas, lucharon desesperadamente en aquel sitio contra partidas compuestas de cincuenta y de cien hombres.

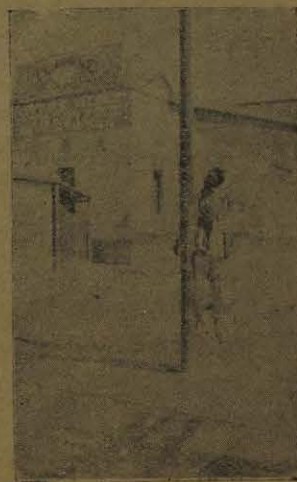
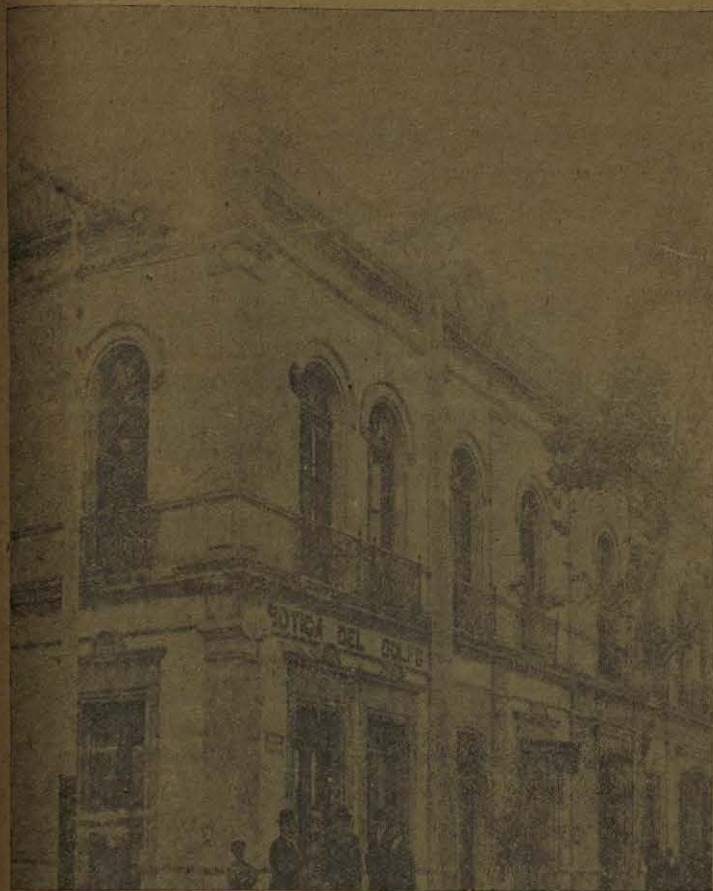
Firmes en su reducto, permanecieron bajo una lluvia de balas, pues varios carrancistas que habían logrado trepar a las azoteas de las casas vecinas, descargaban sobre ellos sus paradas de cartuchos.

He aquí los nombres de este puñado de héroes: Sargento 2o. Comandante Santiago García, Cabo Francisco Flores, soldados Margarito Torres, (herido) José Ma. Sánchez, Pedro Martínez, Francisco Meza, Fernando Martínez [herido] e Ignacio García.

Dos días de pelea constante, ni una baja ni un relevo.—Con admirable valor, valor rayano en la temeridad, se portaron así mismo los veintidós soldados del Cuerpo Federal explorador Ortiz-Bravo, que se hicieron fuertes durante los dos días de encarnizada pelea en los altos de los Talleres de Imprenta de J. Cantú Leal, esquina de las calles 5 de Mayo y Galeana.

Este puñado de esforzados luchadores, combatió sin tener un momento de tregua durante los dos días, así contra los núcleos que atacaban por las calles de Juárez y Aramberri, como contra los simpatizadores de la revuelta que disparaban desde las azoteas.

Un caso verdaderamente excepcional es el de que los soldados que combatieron en este sitio, no



Botica del Golfo.—Cadáveres de carrancistas suspendidos de los postes.

tuvieron una sola baja, ni solicitaron nunca el envío de ningún refuerzo.

La Misión Salvadora.—Cuando como a las 12 y media del día 24, la guarnición de la plaza se hallaba amenazada más seriamente que nunca, pues era natural que enflaqueciera el ánimo sostenido en tantos días de rudo batallar; cuando toda salvación consistía solamente en la llegada del anhelado refuerzo, desde las azoteas del Palacio de Gobierno, por medio del antejo, se pudo divisar allá muy lejos, por el Poniente, una densa polvareda distinguiéndose apenas el avance de una columna militar.

¡No cabía la menor duda! Eran las tropas que se estaban esperando desde el 22 por la tarde.

Una gran parte de la población se hallaba dominada por los revolucionarios, y era preciso que aquel refuerzo entrara con toda clase de precauciones y supiera la situación que guardaba la plaza.

Conversaciones sostenidas posteriormente con alguno de los jefes de la expresada columna, que venía como sabemos ya a las órdenes de los bizarros Generales Eduardo Ocaranza, Luis G. Añaya y Ricardo Peña, hicieron saber que el Gral. Ocaranza daba ya por tomada la plaza de Monterrey.

En consecuencia, sus operaciones tendrían que reducirse a efectuar un ataque formidable para desalojar a los rebeldes, descargando tal vez un bombardeo del que providencialmente nos libramos.

El Gral. en Jefe de la guarnición de la plaza, convencido plenamente de que la columna que se veía avanzar era el refuerzo pedido, pensó en enviar inmediatamente un parte, comisionándose para tan difícil como arriesgada empresa a dos charros llamados Ladislao H. González y Francisco Lugo Rivas, que antes de venir a Monterrey habían peleado ya en la defensa de Durango, en el

combate de Avilez y en Torreón, cuando lo evacuaron las tropas de Munguía.

Desafiando peligros inminentes, bajo una lluvia de balas, nuestros charros partieron velozmente cumpliendo su misión poco antes de llegar a la Fábrica de La Leona.

El señor Gral. Ocaranza, perito y entendidísimo jefe de nuestro Ejército, tomó inmediatamente toda clase de precauciones, iniciando el desarrollo de un plan cuyos resultados fueron la completa derrota y la retirada de los carrancistas.

Una columna de infantería atacó rudamente las Estaciones, logrando, tras reñida y encarnizada lucha, desalojar a los rebeldes, en tanto que la brava caballería del Gral. Peña, con una parte de los temibles rurales del Brigadier Argumedo, cargaba terriblemente sobre los mil y pico de rebeldes que estaban posesionados de los cuarteles de Infantería

Una Bandera Revolucionaria — Merece especial mención el valeroso comportamiento de un reducido número de bravos federales que al mando del Sargento 2o. Feliciano Escobar, rechazaron continuamente durante los dos días, el empuje cada vez más rabioso de los carrancistas que atacaban en el cruzamiento de las calles de Diego de Monte mayor y Modesto Arreola.

El Sargento Escobar, sobre todo, se portó como un héroe, pues que sostuvo reñidos combates cuerpo a cuerpo, logrando arrebatarse a los rebeldes una bandera tricolor.

Otra bandera quedó en poder de los defensores de la Penitenciaría, con la siguiente inscripción: "Ejército Constitucionalista. — 9o. Regimiento".

Con la Bandera de su Batallón — El Jefe de los reductos federales situados por la calle de

Dr. Coss, desde la de M. M. del Llano hasta llegar a la márgen izquierda del Río de Sta. Catarina, Mayor Norberto Ayala, del 1er. Batallón de Infantería, dió repetidas pruebas de valor y de arrojo temerarios.

Momentos hubo en la lucha encarnizada que sostuvo contra numerosos núcleos de revolucionarios, en que se viera envuelto peleando cuerpo a cuerpo.

Incitados por el propósito de arrebatarse al Mayor Ayala la Bandera de su Batallón, los carrancistas descargaban toda su furia una y dos y tres veces, siendo por otras tantas rechazados.

El joven cadete Ramón Martínez, hubo de distinguirse igualmente, en la tenaz y heroica resistencia que opuso con un puñado de hombres, defendiendo la trinchera levantada en el cruzamiento de las calles de Mina y Dr. Coss.

CAPITULO VIII.

Los Sres. Lic don Salomé Botello y Dr. Gregorio D. Martinez. — El Teniente Coronel Enrique Gorostieta - Abnegación de las soldaderas.

Si un elogio entusiasta y caluroso se ha tributado al señor general don Adolfo Iberri, jefe militar de la plaza y director de las operaciones, en cuya árdua labor colaboró muy eficazmente el Jefe de su Estado Mayor, Mayor don Juventino Díaz,

es de muy alta justicia tributar un elogio a los señores Lics. Dn. Salomé Botello, Gobernador del Estado y Dr. Gregorio D. Martínez, Alcalde 1.º de la ciudad.

Con una entereza a toda prueba, los Jefes del Estado y del Municipio permanecieron durante los dos días de combate en unión del Sr. Gral. Iberri, dictando medidas tan acertadas como oportunas así para la defensa de la plaza como para la vigilancia del orden.

Desafiando los peligros de aquellas horas terribles, recorrían los puestos de defensa y la línea de fuego con admirable serenidad.

Mención muy especial debe de hacerse así mismo del joven Teniente Coronel de Artillería Enrique Gorostieta, que es toda una esperanza para nuestro Ejército. Desde los primeros hasta los últimos momentos de combate, el Teniente Coronel Gorostieta desempeñó un papel importantísimo supuesto que era el Jefe de la sección de ametralladoras.

Corriendo velozmente en un poderosísimo auto del uno al otro extremo de la ciudad, comunicaba órdenes urgentes, abastecía de parque a los soldados y muchas veces contuvo el avance de los revolucionarios, haciendo funcionar con admirable precisión la ametralladora que protegía su automóvil.

Las Soldaderas.—Faltaríase a un deber, a un acto de alta justicia, si no se consignara en estas páginas la abnegación sin segundo de esas pobres mujeres que tras sus queridos "juanes" caminan a donde quiera por grande que sea el peligro.

Son las mismas de siempre; las mismas que conocemos en las páginas de nuestra Historia.



Visita particular del Señor General Miguel Quiroga. —Carros incendiados por los carrancistas.

Hechos muy señalados hubieron de registrarse durante los combates de los días 23 y 24.

Bajo la lluvia incesante de los proyectiles, cuántas y cuántas veces se acercaron a la línea de fuego dando un jarrito de agua a los soldados o bien una tortilla con un puño de sal.

Viriles y animosas, como si el fuego que ardía en los pechos de sus juanes se hubiese comunicado a sus espíritus, alentaban con sus palabras y con su ejemplo a los bravos defensores.

La Gendarmería Municipal.—Si el comportamiento de los federales defensores de la plaza, ha merecido de todos la gratitud y el encomio, no menos debe elogiarse el comportamiento de los miembros del cuerpo de Gendarmería Municipal, quienes desempeñaron el doble papel de defensores y vigilantes del orden durante los dos días con sus respectivas noches.

Hemos de mencionar muy particularmente, los importantísimos servicios prestados por el señor Inspector Gral. de Policía Teneiente Coronel Don Francisco Santibáñez, el Mayor del mismo cuerpo Don Hermenegildo Barrios, y el Capitán a quien se confió la defensa y seguridad de la Prevención por la calle de Ocampo.

Jefes y Oficiales de la Guarnición Defensora de Monterrey —Para todos quisiéramos tener un elogio separado. Su patriótico comportamiento ha sido premiado ya no solo con la gratitud de los hijos de Monterrey, sinó con el ascenso acordado por el Supremo Gobierno de la República.

Quede pues como encomio merecido y caluroso, la consignación de sus nombres, que con letras de oro pasarán, han pasado mejor dicho, no solo a los anales de nuestra ciudad sino a los folios gloriosos de nuestra Historia.

He aquí los nombres de los Jefes y Oficiales defensores de Monterrey:

Cuartel General.—Gral. Brig. Adolfo Iberri, Tte. Cnel. Enrique Gorostieta, Tte. Cnel. Luis Izaguirre, Mayor Juventino Díaz, Mayor Gabriel Ortiz, Capitán 1º José F. Galindo, Capitán 1º Leopo'do R. Alva, Capitanes de Irregulares Roberto L. Carballal, Arturo Pérez. Felipe González Calderón, Alfonso Larios, José E. Medellín, Teniente Candelario Ayala, Teniente Irregular Luis Mercader, Subteniente Carlos Aguirre, Subteniente Francisco Oneto, Teniente Raul C. Romero, Subtenientes Manuel Vázquez, Julián H. Muñoz, Héctor Sosa, Irregular Refugio Montemayor, Cadetes Antonio Elizondo, Antonio Padilla, Pedro Garibay y Uribe, Fabián Castillo, Manuel González A. Telegrafista Militar David A. Quintero, Telegrafistas Civiles José Juan Marines, Casiano R. López Rodolfo Echegaray, Cab Federico Cortez Pérez y Juan Fregoso.

1er. Batallón.—Coronel Manuel Rojas; Mayor Norberto Ayala; Sub-Ayudante Jesús Arellano; Capitán 1º Alberto Jones; Capitán 2º. Antonio Aguilar; Tenientes Raul Romero y Concepción Rodríguez; Subteniente Florentino Alday.

9º. Batallón.—Capitán 2º. Antonio Borrego.

37º Batallón.—Teniente Coronel Alberto R. Doria; Capitán 1º. Vicente Capelo; Teniente Octaviano Ríos; Subtenientes Miguel Guerra, Pablo Huerta y Gregorio Garza.

47º. Batallón.—Teniente Manuel Alvarez; Subteniente Mauro Solorio.

39º. Batallón Irregular —Francisco J. Tello; Capitanes 1ros. Plácido Castro y Roberto L. Carballal; Capitanes 2dos. Jorge Martínez y Luciano Reyes; Tenientes Leopoldo Jarillo y Gustavo Velasco Castellanos, Subteniente Juan Larrazola.

8º Regimiento.—Mayor Enrique Miranda, Capitán 1º. Jesús Sevilla, Capitán 1º. Mariano R. Aguilar, Tenientes Tomás Sánchez y Patricio Cortés; Subtenientes Felipe Cejudo,

Celso Vázquez, (muerto) Héctor Sosa, Francisco Silva, Manuel Margáin, Francisco Pérez, Juan Godines, Manuel Vázquez.

12º. Regimiento.—Coronel Teodoro Quintana; Teniente Coronel Antonio Lara (muerto); Capitán 1º. Enrique Vargas; Capitanes 2dos. Pedro Ochoa, Luis G. Alva, Francisco R. Pérez; Tenientes Joaquín Montaña Pérez y Rafael Guarnero; Subtenientes Julián H. Muñoz, Serafín C. Muñoz, Ismael Díaz y Juan Fregoso

17º. Regimiento.—Capitanes 1ros. Manuel Jaramillo y Alejandro Pérez; Tenientes Ismael Carrillo, Juan Zamora, Mario H. Martínez y Candelario Ayala; Subtenientes Pablo Flores, Francisco Camacho, Fernando Gallegos y Manuel Guerra.

21º. Regimiento Auxiliar.—Capitán 1º. Jesús Mancilla,

27º. Regimiento Auxiliar.—Coronel Víctor Piña; Mayor Eulalio J. González; Teniente Antonio Panza; Subtenientes Manuel Treviño, Lorenzo Bocanegra y Bonifacio Guerra.

Brigada Irregular Quiroga —Gral. Brigadier Miguel Quiroga (muerto), Teniente Coronel Ismael Tamez, Mayor Leopoldo A. de la Vega; Capitanes 1ros. Ayudante Victoriano Cisneros, Rafael Larrasolo (herido), Silviano Sánchez; Capitán 2º. Alberto L. Sada; Teniente José Pérez Garza; Subteniente Pedro Quiroz.

Escuadrón Irregular de los Santos.—Coronel Pablo de los Santos jr.; Capitanes 1ros Juan Gutiérrez Treviño y Pedro Garza; Capitán 2º Toribio Treviño; Subtenientes Benjamín Quintanilla, José Garza Jaso, Vicente Medrano e Isidro M. Luna.

Escuadrón Irregular García Quiroga.—Teniente Coronel Simón García Quiroga; Capitanes 1ros. Ildefonso Valdés y Carlos Martínez; Teniente Trinidad de la Garza; Capitán 2º José Martínez.

Escuadrón Irregular Alvarez del Castillo.—Comandante Zacarías Alvarez del Castillo; Cabos 2dos. Florentino García y Ezequiel Cavazos.